

EL SACERDOTE CIENTIFICO EN EL MUNDO DE HOY

por
Jacinto Luzzi S. J.

PARECE fundamental diluir cierto malestar que puede darse en el sacerdote científico ante una dualidad, no siempre debidamente encuadrada, de su ser sacerdote y científico a la vez. ¿Cómo conjugar en sí mismo su sacerdocio y su ciencia? ¿No incide el primero en perjuicio de la segunda, o a la inversa?

Pienso en el Padre Ricci y tantos otros sacerdotes como él, que entraron en la China de los Emperadores cobijados por su ciencia: prestaron un servicio a la humanidad integrando a China en el consorcio de la ciencia universal. Pero, en el fondo, utilizaban la ciencia como un instrumento para hacer apostolado. Como ellos, antes y después, muchos sacerdotes se dedicaron a la ciencia empleándola como trampolín o medio de apostolado, pero no por la ciencia misma. Se quiere ser científico para poder hablar de Dios a los científicos. Se pretende hacer presente a la Iglesia, por una razón de prestigio, en un mundo indiferente cuando no abiertamente hostil. No se hace ciencia por la ciencia misma, sino que, en última instancia, se la utiliza, se la rebaja a la categoría de medio para una cosa distinta de aquello a que la ciencia está destinada.

Es verdad también que muchos sacerdotes habiendo entrado en el mundo de las ciencias para usarlas como medio de apostolado, se vieron impulsados a dedicarse a ellas por sí mismas. Típico ejemplo podría ser el P. Sánchez Labrador en tiempos de la colonización española de nuestro continente. Pero, por lo general, la dicotomía "sacerdocio" y "cien-

cia" no se resuelve. Los intentos para superar ese desdoblamiento no satisfacen. Se es científico, y para sentirse simultáneamente sacerdote no basta rezar a diario el Santo Oficio y celebrar la Santa Misa añadiendo los domingos algún apostolado directo. Situación similar a la del sacerdote que pasara su vida enseñando las primeras nociones de castellano en una escuela de párculos, agravada quizá por la falta de contacto directo con las almas. Tal vez una vez al año se encuentre con algún científico al que pueda hablar de Dios, pero eso no basta. Y una sensación de frustración se enquistará fácilmente en el sacerdote científico. Siendo sacerdote, ¿se justifica el dedicarse a la ciencia?

"Su corazón no está con nosotros"

Podría trazarse un paralelo con los sacerdotes obreros. Se ha producido una ruptura de hecho entre la Iglesia y el mundo obrero. En tal emergencia, el sacerdote se hace obrero para introducirse en ese mundo, iniciar el diálogo, hacer de puente. Pero esa situación es postiza. Así concebido, el sa-

cerdote obrero resulta algo artificial y no permanente: se explica por la circunstancia, extrínseca a su sacerdocio, de la brecha abierta entre la Iglesia y los trabajadores. Pero hay allí un capital sacerdotal enterrado como el talento de la parábola: sobra teología, sobra práctica pastoral, sobran años de formación... Otro sería el planteo si en vez de hablar de sacerdotes obreros habláramos de obreros sacerdotes: lo circunstancial y postizo del caso anterior, sería ahora lo natural y permanente. El sacerdote surgiría de la comunidad obrera como una necesidad de la misma, y el ser obrero del sacerdote no sería un pegote ni un simple medio —que se usa y se deja a conveniencia—, sino algo específico de ese sacerdote. Del mismo modo, habría que hablar del científico sacerdote, y no del sacerdote científico. Cuando se habla de sacerdote científico, parecería sugerirse que éste usa la ciencia —ya lo hemos dicho— con todo lo que esto implica de distorsión en él mismo y de desconfianza en el medio científico en que actúa.

Ya en 1927, Pierre Teilhard de Chardin señalaba esa desconfianza de los hombres de ciencia y su acusación de insinceridad respecto de los católicos. "El cristianismo, piensan los mejores de entre los gentiles, —escribe Teilhard en *El Medio Divino* (ed. Taurus, 1959, pág. 56)— es malo o es inferior, porque no lleva a sus adeptos allende la Humanidad, sino que los deja fuera y al lado de ella. Los aísla en lugar de fundirlos con la masa. Hace que se desinteresen, en lugar de hacerles

que se apliquen a la tarea común. No los exalta, por tanto: los minoriza y los falsea. Por lo demás, ¿no es esto lo que ellos mismos dicen? Si por ventura uno de sus religiosos, uno de sus sacerdotes se consagra a investigaciones llamadas profanas, tiene siempre buen cuidado de recordar que no se entrega a estas ocupaciones secundarias más que para estar en línea con una moda o una ilusión, para demostrar que los cristianos no son los más ignorantes de entre los humanos. En resumen, cuando con nosotros trabaja un católico, tenemos la impresión de que lo hace por condescendencia y sin sinceridad. Parece que se interesa en el trabajo. Pero, en el fondo, por su religión, no cree en el esfuerzo humano. Su corazón no está ya con nosotros. El cristianismo crea desertores y falsos hermanos: he aquí lo que no podemos perdonarle".

Esta acusación tiene plena vigencia mientras no resolvamos en nosotros mismos la antinomia "ciencia-sacerdocio". En tanto mantengamos esa dualidad, en tanto no armonicemos en nuestro interior esos dos términos "ciencia" y "sacerdocio", no seremos plenamente recibidos por el mundo científico, y la sensación de frustración a que nos hemos referido más arriba nos acosará constantemente.

La solución estaría en poder afirmar que el sacerdote, ejerciendo su ciencia, ejerce su sacerdocio. ¿Es esto posible? Dejando de lado las respuestas de tipo extrínsecista que se han propuesto y que mantienen la antinomia —ciencia instrumento, presencia prestigio, defensa apologética, consagración de las ciencias en la Misa, etc.—, procuremos adentrarnos en la especificidad misma del científico sacerdote.

Ahuyentar al dios "tapa agujeros"

El punto de partida para nuestra reflexión podría ser la secularización del mundo en que vivimos y nos insertamos como sacerdotes y científicos, es decir, ese fenómeno de nuestra época que lleva hasta sus últimas consecuencias la justa autonomía de los valores terrenos respecto de lo religioso. Si bien la tendencia secularizante presenta serios peligros de desviación, en cuanto pretendiera afirmar también la auto-

mía del mundo respecto del Creador y sus secuelas (ateísmo, indiferentismo, deshumanización e imperialismo tecnocrático), implica esencialmente un factor eminentemente positivo, al que nos referiremos inmediatamente.

Señalemos con todo, previamente, que al tomar como punto de partida para reflexionar sobre la especificidad del científico sacerdote al fenómeno de la secularización, descartamos como inconducente toda línea de re-sacralización del mundo profano, al estilo de lo que —erróneamente, a nuestro parecer— se ha atribuido a Teilhard de Chardin. Para integrar armónicamente los dos miembros de la antinomia "científico-sacerdote", no basta recurrir simplemente al hecho cierto de que la presencia de la sotana en el campo de las ciencias indicaría la dimensión sagrada del quehacer científico. Algo así como si, el día de mañana, la Iglesia autorizara el matrimonio de los sacerdotes, la presencia de éstos al interior del matrimonio indicaría más claramente la dimensión sagrada del matrimonio.

A nuestro modo de ver, el valor positivo de la secularización consiste en que, impidiendo la idolatría de cuanto puede ser estudiado por las ciencias (realidades, situaciones, ideologías o sistemas), diviniza a Dios. Nada de lo que va descubriendo la ciencia es Dios: Dios es el totalmente Otro. En el fenómeno de la secularización no hay lugar para un recurso fácil al dios "tapa agujeros", especie de demiurgo proyectado por el espíritu religioso primitivo para explicar lo que no entiende. En su autonomía —valor en sí, leyes propias—, la secularización aleja las fronteras dentro de las

cuales querríamos enmarcar a Dios: nada de toda esa realidad cósmica es Dios. Y esta afirmación negativa, de ningún modo niega a Dios. Por el contrario: al afirmar la autonomía de lo terreno me dice que lo que palpo no es Dios, pero me señala simultáneamente la inmanencia del que puede ser inmanente por ser trascendente a todo lo que no es Él mismo y que puedo estudiar científicamente. De este modo, la secularización rechaza la clásica distinción entre lo "sagrado" y lo "profano". El mundo vale por sí mismo, y no por su referencia a la divinidad. Esto no niega sino que deja abierta las puertas a la afirmación de que todo es santo, es decir, inhabitado de alguna manera por Dios: nada de todo esto es Dios, pero en todo está Dios.

A este nivel, surge espontáneamente a nuestro espíritu aquello de San Pablo: "Toda la creación espera, como con dolores de parto, la manifestación de la gloria de los hijos de Dios" (Rom. VIII, 19.22). Entrar en la línea de la secularización hacer ver la autonomía de los valores humanos, permite señalar detrás de todos esos valores al Trascendente e implica entrar en la línea de la pre-evangelización que es, de suyo, participación en la función sacerdotal de Cristo de descubrir la Verdad a los hombres. Uno mismo es el autor de la verdad natural y de la verdad revelada: el Dios de Jesucristo, que es "camino, Verdad y Vida". Quien hace ciencia por la misma ciencia, busca la verdad; quien con sinceridad busca la verdad, ya en pos de la Verdad, y la Verdad le saldrá al encuentro.⁽¹⁾

(1) Por no haberlo comprendido así, "hay católicos que se desconciertan al mostrarseles: ya sea que las leyes de la Providencia se descomponen en determinismos y en azar; ya sea que bajo nuestras potencias más espirituales se esconden edificios materiales muy complicados; ya sea que la religión cristiana tiene raíces en un desarrollo religioso natural de la conciencia humana; ya sea, en fin, que el cuerpo humano supone una serie inmensa de desarrollos orgánicos previos. Esos católicos niegan los hechos, o se horrorizan de ellos. Grave error. Los análisis de la ciencia y de la historia son a menudo exactos, pero no arrebatan absolutamente nada al Todopoderoso divino, ni a la espiritualidad del alma, ni al carácter sobrenatural del cristianismo, ni a la superioridad del hombre sobre los animales..." (P. Teilhard de Chardin, *Ciencia y Cristo*, o análisis y síntesis, de 1921, en *Ciencia y Cristo*, pág. 58). Purificar la fe de sus escorias (supersticiones, complejos de temor e inseguridad, etc.), implica también dar su justa medida de grandeza a la obra del Creador, la morada del Redentor y el único camino para ir al cielo: la tierra.

Cristificar la materia

Por el bautismo, todos participamos de Cristo y por ello todos los científicos bautizados, con su misma tarea científica, participan y ejercen —a su nivel— la triple función sacerdotal de Cristo: descubrir la verdad a los hombres, guiarlos hacia ella, y consagrar las realidades de nuestra circunstancia a Dios. La primera y segunda función sacerdotal las ejerce el científico al entrar, como hemos dicho, en la línea de la pre-evangelización (búsqueda y enseñanza de la verdad): él asiste y ayuda al parto de la verdad de las cosas; hace que el mundo-naturaleza, palabra oculta, surja a la luz como palabra revelada transformado en mundo-logos.

Pero sacerdote es el que también consagra, el liturgo, el que hace presente la obra de la redención del cosmos por Dios. En Cristo y por Cristo el cosmos se diviniza; Dios, por así decir, se cosmifica y temporaliza, y el cosmos y el tiempo entran en la eternidad. Con la resurrección de Cristo, Dios, que arrastró la materia hasta el hombre, la arrastra ahora hasta la pneumatización. El científico, por estar bautizado, participa de esta divinización y pneumatización del cosmos, no sólo por su ser de bautizado sino también porque su mismo quehacer científico le permite una participación activa en ese ascenso de la materia hacia Dios. Al descender el hombre hasta las entrañas de la materia para ascender desde allí hasta Dios, sigue un ciclo divino, puesto que ha sido seguido primero por Aquel que ha tenido que hacerse carne de nuestra carne antes de elevarse hasta los cielos a fin de llenar todas las cosas. "Quién subió sino quien antes descendió para llenarlo todo" (Ef. IV, 9s.).

"Nadie como el hombre inclinado sobre la materia —escribe Teilhard de Chardin— puede comprender mejor hasta qué punto Cristo, por su encarnación, es interior al mundo y está enraizado en el mundo hasta el corazón del átomo más pequeño... Sólo puede apreciar perfectamente la riqueza contenida en la cima de un cono, quien primero ha medido la anchura y la potencia de la base" (Ciencia y Cristo, o análisis y síntesis, c. c., pág. 58). Al investigar el proceso de la evolución del cosmos, el hombre de ciencia asiste al proceso de cristificación de

EL SACERDOTE CIENTIFICO EN EL MUNDO DE HOY

la materia. El cuerpo humano asumido por el Verbo eterno en esa toma de contacto de Dios con la materia que es la Encarnación, ¿no es acaso el fruto supremo de toda la evolución? El pan y el vino que en el altar se transforman en el cuerpo y sangre de Cristo, ¿no han sido gestados por la totalidad del mundo? Y los esfuerzos del hombre de ciencia por prolongar la vida humana, promover al hombre y mejorar sus circunstancias, ¿no son tentativas —similares a las de la evolución de la naturaleza para llegar por saltos hasta la conciencia— para dar el salto a la inmortalidad, a lo pneumático? En manos del científico bautizado, el cosmos se manifiesta como el signo sacramental del Dios encarnado que redime al mundo y lo lleva a su consumación en la "tierra nueva y cielo nuevo" (Apoc. XXI, 1).

De este modo, la acción propiamente científica del bautizado es una verdadera liturgia que ofrece y consagra el cosmos a Dios. Lleva a cabo en el plano de las ciencias la misión propia de todo bautizado, descrita por Pío XII como una "consagración del mundo".

"Te oiremos otro día..."

Ordenado sacerdote, el científico sigue con las mismas responsabilidades que tenía como simple bautizado continúa su función sacerdotal, pero ahora la ejerce a otro nivel de participación en el único y eterno sacerdocio de Cristo.

Pero entonces, ¿qué aporta de específico al campo de las ciencias

esa nueva ubicación del sacerdocio bautismal que se confiere por el orden sagrado? Aquella era la misión que la Iglesia encomienda a todo científico cristiano. ¿Hay también una misión que sea específica del científico sacerdote, y no meramente supletoria? La presencia del sacerdocio ministerial en el mundo de las ciencias implicará algo específico, si la Iglesia, en cuanto cuerpo jerarquizado y escatológico, ha recibido de Cristo una misión peculiar a cumplir por sus sacerdotes en la comunidad científica. La presencia del sacerdote en las ciencias derivaría, entonces, de una intrínseca necesidad de la Iglesia en orden a cumplir su misión de signo o sacramento universal de salvación.

Esta misión de signo salvífico la ejerce la Iglesia fundamentalmente haciendo presente a los hombres el acontecimiento escatológico y de proyección cósmica por excelencia: la encarnación redentora prolongándose en el tiempo de los hombres. Dios, que obra todo el acontecer temporal, por la encarnación introdujo en la historia humana un elemento de liberación y transformación de tal poder que todos los tiempos están bajo su signo. Ya ha venido la salvación; pero todavía no ha llegado su época definitiva. El cosmos está en camino hacia la hora definitiva. Todavía duran los tormentos y angustias de muerte: son los dolores de parto con que se anuncia la nueva creación. Cuanto ocurre en la época del mundo abierta por la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, prolonga esa encarnación y sirve al desarrollo comenzado por Él: la peregrinación terminará sólo cuando vuelva Cristo. La plenitud de la encarnación hacia la cual nos movemos, sólo se alcanzará cuando el Verbo eterno se revele como palabra final de la historia y Dios sea todo en todas las cosas. "Y entonces será el fin" (Mat. XXIV, 14).

La Iglesia hace presente a los hombres el hecho salvífico viviendo ella misma esa realidad que se prolonga en todos los momentos y en todas las realidades de nuestra historia humana: la encarnación. Su mensaje no es ante todo un conjunto de verdades, un sistema, una doctrina; sino una vida que lo penetra todo. Allí donde llega la realidad humana; allí donde está el hombre con sus alegrías y tristezas, con sus problemas y dificultades, sus triunfos y

fracasos, sus deseos y conquistas; allí donde aliente una esperanza, se incruste un dolor o brote una simpatía; allí donde bulla el trabajo, la actividad, el esfuerzo humano en fábricas, talleres, aulas, oficinas y laboratorios... allí ha de continuarse la Vida que trajo a la tierra el Hijo de Dios. Allí ha de estar la Iglesia para continuarla y proclamarla. En este sentido, la Iglesia es signo o sacramento universal de salvación, porque es, en sí misma, predicación de la Buena Nueva.

Por supuesto, no entendemos aquí la palabra "predicación" en el somero sentido que le daba Alain de Lille como un "discurso para persuadir el alma acerca de la salvación" o como una batería de argumentos mediante los cuales se espera rendir la voluntad libre del hombre para que Dios pueda penetrar en él. Antes de ser palabra, la predicación es vida, o, si se prefiere es Palabra y es Vida con mayúscula. El mensaje proclamado en la predicación —la historia de la salvación del cosmos centrada en la encarnación, muerte y resurrección de Cristo— se hace presente, se actualiza en la proclamación. De este modo, la predicación es suceso y acontecimiento escatológico; y los mismos acontecimientos humanos impregnados por la encarnación, por la presencia o palabra de la Iglesia revisten el carácter de proclamación o predicación. Como los sacramentos, donde la palabra penetra la misma interioridad del rito comunicándole su eficacia: "viene la palabra, y el sacramento queda hecho". De este modo, también en el mundo de las ciencias la Iglesia es signo de salvación en la búsqueda científica de la verdad, continúa la encarnación y se hace signo de esa misma encarnación. Su presencia es una palabra-acontecimiento, una predicación expresada en el hecho mismo de la investigación científica, predicación cuyo contenido es siempre el mismo: también aquí llegó la salvación, también aquí se prolonga la encarnación.

Por otra parte, la estructura dialogal de la palabra-acontecimiento exige un gesto humano capaz de interpelar al oyente comunicándole la situación vivida por el hablante. En un mundo secularizado, donde el asombro de los hombres se trasladó del poder creador de Dios a la habilidad de

los hombres de ciencia, postula un gesto humano, una palabra evolucionada al nivel de ese mismo mundo. ¿Cómo hablar, por ejemplo, de la moral de los transplantes o de la vida en probetas, si se ignora la complejidad de problemas que plantean al científico los transplantes o la vida en probeta? O ¿cómo, sin flotar en la nube de las generalizaciones, señalar que los esfuerzos de los hombres por liberarse de los egoísmos e injusticias estructurales, o por mejorar el nivel de sanidad de los pueblos, son signos de la liberación que Cristo vino a traer a la tierra, si se ignoran los mecanismos de las estructuras socio-económicas o bio-psicológicas? Ciertamente modo de hablar acerca de la regulación de la natalidad, que denota supina ignorancia de las leyes demográficas y alimenticias, suscita en el entendido la tentación de encogerse de hombros o responder como los atenienses a Pablo: "—Te oiremos otro día..." (Hech. XVII, 32).

Signo de salvación

Todo lo dicho vale para la Iglesia en general. Y la presencia de la Iglesia en el mundo científico se verifica holgadamente por los científicos bautizados. Pero no basta esa presencia del laicado para que la Iglesia cumpla plenamente su misión de signo y encarnación. Debe proclamar su mensaje "como quien tiene autoridad" (Mat. VII, 29). Si bien cada cristiano ha de ser con toda su vida signo de la salvación, la última responsabilidad en esa tarea recae en la Iglesia en cuanto comunidad jerárquica y escatológica. Cristo ha encomendado a los Apóstoles y sus sucesores la tarea

específica de conducir a los hombres a la Verdad.

Por eso los Apóstoles se reservaban el "ministerio de la palabra" (Hech. VI, 2.4). Es responsabilidad propia de la jerarquía y magisterio de la Iglesia, garantizar el significado de la palabra-acontecimiento y, por consiguiente, también del esfuerzo temporal de los científicos. La obra de la encarnación continuada en la historia, encuentra su plenitud de signo, su última garantía de que la historia es signo sagrado y eficaz, en la Iglesia jerárquica. En el campo de las ciencias, la Iglesia respalda que la predicación expresada en el hecho de continuar ella la encarnación en la búsqueda científica de la Verdad, es signo eficaz de esa misma encarnación.

Ahora bien, las tres funciones tradicionales del rol sacerdotal tienen precisamente algo de común que no se da por la participación meramente bautismal del sacerdocio: aportan la seguridad, la garantía y la eficacia peculiar que da al sacerdote consagrado su participación en la jerarquía y el magisterio. El bautizado participa, a su nivel, de esa triple función sacerdotal de maestro, guía y liturgo. Tanto en el simple bautizado como en el sacerdote ministerial, esas tres funciones están ordenadas a hacer presente a los hombres el hecho de la encarnación redentora prolongándose en el quehacer humano. Pero en el solamente bautizado carecen de ese carácter de garantía que revisten al consagrado sacerdote.

De este modo, la presencia en la comunidad científica y tecnológica del sacerdote especializado, es decir, su mismo quehacer científico, constituye la proclamación de la Iglesia escatológica y jerárquica confirmando y garantizando con su carisma de magisterio y consagración y a través de un seguro discernimiento espiritual, la conducción de la peculiar comunidad científica, la búsqueda de la verdad y la sacramentalidad de la creación a la que consagra.

No necesita el científico sacerdote realizar una actividad apostólica o sacral al margen de su mismo quehacer científico, para cumplir plenamente su misión sacerdotal. Ciencia y sacerdocio se integran en él en la misión peculiar que, de acuerdo a su carisma personal, le confiere la Iglesia de Cristo. ♦